

UNIVERSIDAD DE NAVARRA

DISCURSOS

pronunciados en el Acto Académico de investidura
de Grado de Doctor «Honoris Causa» de

MONS. DR. FRANZ HENGSBACH, ESSEN
PROF. DR. JÉRÔME LEJEUNE, PARIS



PAMPLONA, 9 de mayo, 1974

UNIVERSIDAD DE NAVARRA

DISCURSOS

pronunciados en el Acto Académico de investidura
de Grado de Doctor «Honoris Causa» de

MONS. DR. FRANZ HENGSBACH, ESSEN
PROF. DR. JÉRÔME LEJEUNE, PARIS

PAMPLONA, 9 de mayo, 1974

UNIVERSIDAD DE NAVARRA
SERVICIO DE BIBLIOTECAS

Palabras pronunciadas por el Padrino, Dr. D. Javier Hervada, Decano de la Facultad de Derecho, en elogio del Graduado Mons. Dr. Franz Hengsbach

Excmo. y Rvdmo. Sr. Gran Canciller:

Si quisiera resumir en breves palabras el pensamiento del Consejo de la Facultad de Derecho, cuando acordó proponer a Vuestra Excelencia la investidura del Grado de Doctor *honoris causa* en la persona de Mons. Hengsbach, diría que este solemne acto académico representa el homenaje y el reconocimiento a una vida que tanto esfuerzo ha dedicado —con sus escritos y sus múltiples actividades— a mantener el recto concepto del hombre, a fomentar los valores culturales cristianos y a la promoción de la justicia social. Una vida sacerdotal dedicada enteramente a la verdad, el bien y la justicia.

Mas, al pedir para él esta alta distinción académica, deseamos también honrar a quien ha dado en el pasado, y sigue dando en el presente, tantas muestras de afecto hacia la Universidad de Navarra.

Nacido el año 1910 en la industriosa región del Ruhr, estudió en Paderborn y Friburgo de Brisgovia y en 1944 obtuvo el doctorado en Teología por la Universidad de Münster. Dos años después, fue designado Secretario General de la Asociación Universitaria de San Bonifacio, siendo elegido, el año 1947, Secretario General del Comité Central de los Católicos Alemanes. Su preocupación apostólica, que había encontrado cauce anteriormente en sus nueve años de trabajo sacerdotal en la zona industrial de Herne, en Wesfalia, le llevó, en 1950, a fundar, con el entonces Director de la Oficina Social de la Iglesia Protestante de Wesfalia, Klaus von Bismarck, la «Labor social conjunta de las confesiones de la industria minera».

Obispo titular de Cambano y auxiliar de Paderborn en 1953, fue nombrado el año 1957 primer Obispo de la recién creada diócesis de Essen; cargo que desde 1961 simultanea con el de Ordinario castrense del Ejército de la República Federal de Alemania. Por sus bien probadas dotes de gobierno, por la solidez y profundidad de su pensamiento teológico, siempre fundado en la verdad inmutable, y por la relevante tarea social llevada a cabo, es hoy una de las más destacadas personalidades del Episcopado europeo del momento. Y en reconocimiento a la importante labor realizada, el gobierno de su nación le honró con la Gran Cruz de la Orden del Mérito de la República Federal.

A iniciativa suya, la Conferencia Episcopal Alemana creó la Acción «Adveniat» para ayudar a la Iglesia en Iberoamérica y le confirió su presidencia. Inspirador y promotor de esa Acción, que ha hecho posible el desarrollo de tantas labores apostólicas, instituciones científicas y obras de cultura, su trayectoria como alma y motor de «Adveniat» es una elocuente muestra de su amor operativo por el bien de las almas y por la justicia, nacido y fomentado por el sentimiento de una sólida caridad cristiana.

Fruto de esta preocupación del nuevo doctorando por la fundamentación cristiana del saber y del hacer humanos como medio de realizar una contribución eficaz al futuro de los pueblos de América, es también la colaboración de «Adveniat» con esta Universidad en Programas de perfeccionamiento para postgraduados de aquellos países.

Hombre de vigoroso pensamiento teológico, influyó considerablemente en los trabajos del Concilio Vaticano II, primero como miembro de la Comisión preparatoria y, más tarde, como relator de las Comisiones conciliares para el apostolado de los laicos y para el famoso Esquema XIII, «Sobre la Iglesia en el mundo de hoy», convertido en uno de los documentos de mayor resonancia del Concilio: la constitución «Gaudium et spes». En muchas alusiones de este documento a la recta concepción de la ley natural, a los derechos humanos, a las relaciones entre la comunidad política y la Iglesia, al respeto por la vida y a la justicia social pueden entreverse el reflejo del pensamiento y la influencia directa de nuestro doctorando.

Cerca de una veintena de escritos —cifra muy destacada en quien ha desarrollado una actividad tan amplia— ponen de manifiesto su contribución a la teología actual. Desde su primera obra, un «Estudio sobre el problema de la extinción de vidas no dignas de vivir», a la que siguió su tesis doctoral, «La esencia de la predicación de la fe según el Apóstol San Pablo», en sus escritos destaca la preocupación por llevar una respuesta teológica —cristiana— a problemas vivos de nuestro contorno cultural y social. Su autorizado comentario al decreto conciliar «Apostolicam actuositatem», sus escritos sobre el sacerdocio, traducidos al italiano y al español, su trabajo sobre «Liberación por Cristo», aparecido ya en cinco idiomas, sus pensamientos sobre la paz y la reconciliación, por citar sólo algunos de los títulos, son una muestra patente de esa síntesis entre la labor intelectual y la acción, entre la ciencia y los problemas vitales, que sólo las grandes personalidades son capaces de conseguir.

Pero quizás uno de los ejemplos más destacables de este aspecto a que acabo de referirme sea su iniciativa de promover los «Coloquios de Essen» sobre las relaciones entre la Iglesia y el Estado, tema de tanta importancia actual, como lo fuera en otros períodos cruciales de la Historia. Inaugurados en 1966, gozan hoy de una fama considerable en su país y los volúmenes publicados —que contienen los resultados de cada año— constituyen un rico material, sumamente apreciado por cuantos se interesan en tan importante materia.

La ingente labor realizada por quien es una de las personalidades más salientes de la Iglesia en Alemania, le ha merecido una serie de cargos y honores, además de los citados, cuya enumeración superaría la necesaria brevedad que impone el protocolo a estas palabras de elogio.

El nombramiento de Mons. Hengsbach como Doctor *honoris causa* será motivo de especial satisfacción para la Facultad de Derecho. La riqueza de su pensamiento, su ejemplo de rectitud y el aliento de su amistad impulsarán los esfuerzos de quienes, desde esta «Alma Mater», procuramos ser dignos continuadores de las tradiciones universitarias.

Discurso de Mons. Dr. D. Franz Hengsbach

Exzellenz, Herr Großkanzler, Magnifizenz, Spektabilitäten,
hochgeehrte Kollegen des Claustrums, liebe Freunde, meine
Damen und Herren!

Eine Stunde wie diese ist sicherlich zuerst eine Stunde des Dankes. Ich danke dem hochverehrten Großkanzler dieser Universität, Ihnen, Msgr. Escrivá de Balaguer, sowie dem Claustro universitario Pamplonense von ganzem Herzen. Mein Dank umfaßt sehr viel mehr als die Ehre, die Sie mir durch die Verleihung der Ehrendoktorwürde erweisen. Ich möchte Ihnen hier und heute meine Dankbarkeit für die Arbeit bezeugen, die Sie seit nunmehr zwanzig Jahren in dieser Universität leisten aus einem Geist und in einer Gemeinschaft, die unter dem verpflichtenden Wort «Opus Dei» steht.

Unsere Zeit wird durch eine tiefe Krise der Gesellschaft erschüttert. Nicht nur Strukturen werden geändert, Wahrheiten und Werte werden relativiert. Auch die Kirche bleibt davon nicht unberührt. In einer solchen Zeit berechtigt diese Universität durch ihren Dienst an Gesellschaft und Kirche zu großer Hoffnung. Die Atmosphäre dieser Universität, geprägt vom Geist einer unverkrampft und verantwortlich gelebten Freiheit, von echter Zusammenarbeit und einer Fülle stiller und stetiger Tugenden, macht in einem entscheidenden Augenblick unserer westlichen Zivilisation aus dieser Stätte einen Brennpunkt des Glaubens und der Wissenschaft. Spanien und die Kirche können stolz sein auf diese Universität.

Die rechtswissenschaftliche Fakultät dieser Universität mit ihrer Ausstrahlung über Grenzen und Kontinente hinweg, mit ihrem feinen Gespür sowohl für die wissenschaftlichen Leistungen wie für die geoffenbarte Wahrheit Jesu Christi, läßt uns unweigerlich an die

große Tradition der spanischen Universitäten denken. In jenen Epochen, in denen sich ungeahnte Horizonte einer neuen Welt auftaten, gingen von ihnen weitreichende Impulse aus. Ich denke an die Entwicklung des Studium generale, an Salamanca, Valladolid und Alcalá. Man braucht nur an die großen Entwürfe und Errungenschaften des Völkerrechtes zu erinnern, an die ungetrübte, sorgfältig reflektierte Einheit von Glauben und Wissenschaft, die in der Konfrontation mit vielen drängenden Fragen der Zeit zu klaren und entschiedenen Lösungen führte.

So bin ich Ihnen dankbar, mich unter die Ehrendoktoren gerade dieser rechtswissenschaftlichen Fakultät zählen zu dürfen. Mein pastorales Interesse gilt in der Konsequenz des Verkündigungsauftrags Jesu Christi dem Dienst der Kirche an der menschlichen Gesellschaft und darin dem unverzichtbaren Dienst, den auch die Rechtswissenschaft für die Verwirklichung von Gerechtigkeit und Frieden unter den Menschen, den Völkern und nicht zuletzt für das Verhältnis von Kirche und Staat zu leisten hat.

Die Kirche ist nach einem kühnen Wort des unvergessenen Papstes Pius XII. das Lebensprinzip der menschlichen Gesellschaft.

Die Pastoralkonstitution *Gaudium et Spes* des II. Vatikanischen Konzils ist im Grunde nichts anderes als eine Ausformung dieses Papstwortes. Es hat bei der ersten Anregung zu dieser Konstitution in der Kommission für das Laienapostolat deutlich im Bewußtsein der Beteiligten gestanden. Von daher ist es ein Mißverständnis, wenn *Gaudium et Spes* manchmal so interpretiert wird, als wolle sich darin die Kirche der Welt angleichen. Die Identifikation mit der Freude und Hoffnung, der Trauer und Angst der Menschen soll nicht bedeuten, daß die Kirche den ihr eigenen und eigentlichen Dienst vergäße, Licht, Sauerteig und Salz der Erde zu sein. Vielleicht ist im ersten Satz dieser Konstitution noch nicht so deutlich wie im ganzen Text ausgesprochen, daß Freude und Hoffnung der Jünger Christi zutiefst nicht auf die Welt gerichtet sind, sondern auf den Sieg des Kreuzes, das quer zu den rein irdischen Hoffnungen steht, und daß Trauer und Angst der Kirche nicht aus dem Wissen um die Vergänglichkeit dieser Erde stammen, sondern aus der Sünde und dem Abfall der Menschen von Christus.

Es ist auch eine Fehlinterpretation, wenn man meint, in *Gaudium et Spes* würden Ziele und Aufgaben der Kirche unzulässig mit

denen des Staates vermischt. Die Kirche hat ihr Primum und ihr Proprium, den Auftrag ihres Herrn in der Verkündigung seines Wortes und der Spendung seiner Sakramente. In der Konsequenz dieses Primum liegt allerdings dann auch ihr Dienst am gerechten und menschenwürdigen Zusammenleben der Menschen.

Die theoretische und praktische Unsicherheit über den Dienst der Kirche an den Menschen und an der Gesellschaft wie über ihr Verhältnis zum Staat, die in jüngster Zeit sichtbar wird, ist bersorgniserregend. Hier hat die Rechtswissenschaft, zumal im Bereich des Staatskirchenrechts, eine unverzichtbare Aufgabe. Sie kann helfen zur Rechtsklarheit und zur Rechtssicherheit, indem sie die Ordnung beschreibt und begründet, in der das Privat— und das Staatsrecht seinen Platz hat wie auch jener Bereich des «Öffentlichen», in dem die Kirche als sichtbare Gemeinschaft von Menschen ihren Raum der Freiheit und der Selbstverwaltung haben muß.

Lassen Sie mich dazu einige Thesen vortragen. Dabei kann ich selbstverständlich nur von den Verhältnissen ausgehen, wie sie sich unter den Bedingungen unseres Landes entwickelt und in dem dort geltenden Recht niedergeschlagen haben.

1. These: *Staat und Kirche treffen sich zunächst im einzelnen Menschen.*

Wenn die Kirche nach dem eben zitierten Wort Pius XII. das Lebensprinzip der menschlichen Gesellschaft ist, dann bedeutet dies zunächst, wie mir scheint, daß die Begegnung von Kirche und Welt in einer großen Tiefe anzusetzen hat, nämlich da, wo jedes Denken und Handeln seinen Ursprung nimmt, im Herzen der Menschen. Christlicher Glaube ist nicht zunächst Gestaltung der weltlichen Dinge oder gar Politik. Aber Glaube hat Mitverantwortung für Politik zu schärfen. Christliche Wahrheit erfüllt sich nicht im politischen Handeln, muß sich aber in ihm bewähren. Christsein strahlt aus, auch in den politischen Bereich, direkt oder indirekt, durch Stellungnahme oder durch Schweigen. Dies hat immer Gefahren gebracht. Die Tendenz zur Vermischung von Kirche und Politik war zu allen Zeiten akut und ist ein stets wiederkehrendes Thema der Kirchengeschichte. Heute, da wir wissen, daß fast alle Verhältnisse veränderbar sind, ist eine saubere Grenze zwischen Kirche und Po-

litik von besonderer Bedeutung. Soll jenes Papstwort seine Bedeutung behalten, so kann es nur dadurch geschehen, daß Glaube gerade nicht soziologisch umfunktioniert wird, sondern seinen eigenen, theologisch bestimmten und die Welt transzendierenden Charakter behält. Sonst gerät die Kirche, wie sich vielerorts zeigt, in den gefährlichen Sog einer alles verschlingenden politischen Thematik.

Erschwerend für diese so notwendige Abgrenzung ist eine nicht zu leugnende Krise christlichen Glaubens. Die tradierten Prinzipien von Dogma und Lehre werden, wie man heute sagt hinterfragt. Der früher als selbstverständlich geltende Konsens mit dem Lehramt der Kirche ist nicht mehr vorhanden. Christlich bestimmte Sitte und Ordnung sind bereits weithin den gesellschaftlichen Umwälzungen zum Opfer gefallen. In einem gefährlichen Kurzschluß wird versucht, die Beziehung von christlichem Glauben und politischem Handeln zu überspringen und das eine durch das andere zu ersetzen. Die wahre Lösung kann nur darin liegen, daß beides klar unterschieden bleibt. Dabei gilt es vor allem, den eigentlichen Bezugspunkt fest im Auge zu behalten, nämlich den einzelnen Menschen; er ist ja beides zugleich: Glied seiner Kirche und Bürger dieser Erde. Ihm ist der Glaube ungekürzt zu verkünden, und er wiederum muß die Möglichkeit haben, diesen Glauben in Freiheit zu bekennen und zu leben! Dieses Recht ist in den Verfassungen wohl aller zivilisierten Staaten ausdrücklich anerkannt. In der Bundesrepublik Deutschland lautet Art. 4 Abs. 1 GG wörtlich: «Die Freiheit des Glaubens, des Gewissens und die Freiheit des religiösen und weltanschaulichen Bekenntnisses sind unverletzlich». Selbst die Verfassung der DDR sagt verbal ein gleiches. Die Unterschiede in der Realität lassen allerdings erkennen, wie wenig der Wortlaut allein bedeutet. Damit komme ich schon zu meiner zweiten These.

2. These: *Der religiöse Bereich ist von öffentlicher Bedeutung.*

Wenn Kirche Lebensprinzip der menschlichen Gesellschaft ist und darum im Innersten zu beginnen hat, so bedeutet das dennoch nicht, daß Christsein sich vorwiegend oder gar ausschließlich im Bereich des Privaten vollzieht. Das Heilswirken Jesu war von Anfang an nicht nur auf seine Jünger, sondern auf die ganze Menschheit gerichtet. Der Missionsauftrag hat der Kirche den Weg in die Öffent-

lichkeit gewiesen. Ihr Wirken war niemals das einer geschlossenen, im Sakramentalen verbleibenden Gemeinschaft, sie hat sich vielmehr als offene Gesellschaft zu jeder Zeit dem Heil aller verpflichtet gewußt. Dabei besitzt Kirche gegenüber dem Bürger keine direkte Vollmacht in Sach— und Gewissensfragen. Sie kann ihre Auffassungen und Forderungen nur in freier Auseinandersetzung mit anders Denkenden geltend machen. Hierfür muß ihr allerdings der Staat den notwendigen Raum der Freiheit verschaffen und sichern. In diesen Raum der Freiheit hinein hat sie das Wort der Wahrheit und den Geist der Liebe zu künden. In diesem Raum hat sie auch ihre caritative Arbeit zu leisten, durch die ihre Botschaft sich verwirklicht und glaubhaft wird.

Bei der Verkündung ihrer Lehre und bei dem diakonischen Dienst der Kirche braucht der Staat nicht abseits zu stehen. Er muß zwar allen Bekenntnissen gegenüber neutral, aber er braucht nicht religiös indifferent zu sein. Im Gegenteil, er hat das religiöse Interesse seiner Bürger als öffentlich belangvoll anzuerkennen, und er darf es sogar organisatorisch und finanziell unterstützen. Denn es dient nicht nur dem Einzelnen, sondern auch dem Gemeinwohl, wenn die Kirche das leistet, was ihr durch das Konzil so eindringlich zur Aufgabe gemacht ist, nämlich «in einer jeweils einer Generation angemessenen Weise auf die bleibenden Fragen der Menschen nach dem Sinn der gegenwärtigen und des zukünftigen Lebens und nach dem Verhältnis beider zueinander Antwort zu geben» (*Gaudium et Spes* Nr. 4).

Das Recht der Kirche, auch in die Öffentlichkeit hinein zu sprechen, ist durch das Grundgesetz der BRD ausdrücklich anerkannt. Über die Garantie der Glaubensfreiheit nach Art. 4 GG hinaus sind durch Art. 140 GG eine Reihe von Möglichkeiten öffentlicher Glaubensverkündung ausdrücklich gesichert, z. B. in Schulen und Krankenhäusern, bei Studenten und bei den Soldaten.

3. These: *Die Kirche erfüllt ihren Öffentlichkeitsauftrag auf dem Weg über die Gesellschaft.*

«Lebensprinzip der menschlichen Gesellschaft», dieses Wort läßt uns sodann aber auch eine Entwicklung wahrnehmen, die sich zwar

außerhalb der Kirche vollzieht, aber tiefe Wirkungen hat auf das Verhältnis von Kirche und Welt. Die Beziehungen zwischen Staat und Gesellschaft sind in einem starken Wandel begriffen. Die in den alten Theokratien verwirklichte Gottesherrschaft, die während des römischen Reiches in der Gestalt des Pontifex Maximus verkörperte Staatsreligion, die im Mittelalter herrschende Zwei-Schwerter-Theorie, die kirchliche Landesherrschaft der frühen Neuzeit sind inzwischen überholt. Aus der früheren «herrschaftspolitisch durchformten und geschichteten Gesellschaft (societas civilis cum imperio) des Mittelalters und der frühen Neuzeit ist auf der einen Seite die einheitliche und umfassende, gegenüber ihren individuellen Trägern organisatorisch verselbständigte Staatsgewalt, auf der anderen Seite die einheitliche neue Gesellschaft (societas civilis sine imperio) der dieser Staatsgewalt Unterworfenen» entstanden. (E. W. Böckenförde, *Die Bedeutung der Unterscheidung von Staat und Gesellschaft*, in «Aus Politik und Zeitgeschichte» B 49/71, S. 4).

Solche Entwicklung hat das II. Vatikanische Konzil als berechtigt anerkannt. «In vollem Einklang mit der menschlichen Natur steht die Entwicklung von rechtlichen und politischen Strukturen, die ohne jede Diskriminierung allen Staatsbürgern immer mehr die tatsächliche Möglichkeit gibt, frei und aktiv teilzuhaben an der rechtlichen Grundlegung ihrer politischen Gemeinschaft, an der Leitung des politischen Geschehens, an der Festlegung der Betätigungsbereiche und des Zwecks der verschiedenen Institutionen und an der Wahl der Regierenden» (*Gaudium et Spes* Nr. 75). Dieselbe Konstitution sagt allerdings auch: «Die konkrete Art und Weise, wie die politische Gemeinschaft ihre Eigenverfassung und die Ausübung der öffentlichen Gewalt ordnet, kann entsprechend der Eigenart der verschiedenen Völker und der geschichtlichen Entwicklung verschieden sein» (*Gaudium et Spes* Nr. 74).

Und nun kommt das Wichtige, auf das vor allem der deutsche Staatsrechtslehrer Professor Dr. Mikat eindrucksvoll hingewiesen hat: Überall da, wo die neue Herrschafts- und Entscheidungsgewalt der Gesellschaft der freien und rechtlich gleichen Einzelnen und ihrer Gruppierungen gegenübersteht, wird «die Ausstrahlung der Kirche auf eben diese Gesellschaft entscheidend sein für ihre Stärke oder ihre Schwäche in der Welt». Nicht also rechtliche Absicherung auf dem Weg über den Staat, konkret durch Verfassung, Konkordat oder Gesetze — so sehr das alles auch von Bedeutung

ist — ist für die Kirche in erster Linie entscheidend, sondern ihre «Einflußnahme auf die Gesellschaft, den allgemeinen Prozeß der Bewußtseinsbildung und den speziellen Prozeß der politischen Willensbildung» (Mikat, *Zur rechtlichen Bedeutung religiöser Interessen*, S. 35).

Solche Einflußnahme der Kirche auf die Gesellschaft ist in der BRD auf mannigfache Weise möglich. Die Kirche als solche kann, wie bereits oben gesagt, jederzeit frei ihre Stimme erheben. Sie unterliegt keiner Zensur und — im Rahmen der für alle geltenden Gesetze — keiner irgendwie gearteten Einschränkung. Sie hat darüber hinaus auch die Möglichkeit, sich als Gruppe in der Gesellschaft zu organisieren und wirksam zu werden. Die Freiheit der Vereinigung ist gewährleistet, und der Zusammenschluß von Religionsgemeinschaften unterliegt keinen Beschränkungen (Art. 137 Weim. Verf. in Verbindung mit Art. 140 GG).

4. These: *Bei dem öffentlichen Wirken der Kirche ist zu unterscheiden zwischen Erklärungen des kirchlichen Amtes und Äußerungen einzelner oder von Gruppen.*

Nachdem wir zur Bestimmung des Verhältnisses von Staat und Kirche von dem Satz Pius XII. ausgegangen sind, wäre schließlich noch zu fragen, was denn in jenem Wort mit «Kirche» näherhin gemeint ist. Die Pastoralkonstitution «Über die Kirche in der Welt von heute» betont in Nr. 76, wie wichtig es in einer pluralistischen Gesellschaft sei, «daß man das Verhältnis zwischen der politischen Gemeinschaft und der Kirche richtig sieht, so daß zwischen dem, was die Christen als einzelne oder im Verbund im eigenen Namen als Staatsbürger, die von ihrem christlichen Gewissen geleitet werden, und dem, was sie im Namen der Kirche zusammen mit ihren Hirten tun, klar unterschieden wird». Was also die Stellungnahme zu politischen Fragen betrifft, wäre deutlich zu unterscheiden zwischen dem, was der einzelne Christ oder auch Gruppen von Christen in eigener Verantwortung sagen und tun, und dem, was in dieser Beziehung von der Kirche als solcher erklärt wird. In Fragen, die innerhalb der Grenzen christlicher Moral kontrovers sind, sollte die Kirche als solche nicht politische Stellung nehmen. Die Kirche vermag zwar bei der Lösung schwieriger Fragen einen Dienst zu leisten,

indem sie tragende Grundsätze verkündet und ihre reiche Erfahrung als Hilfe anbietet. Sie muß auch da, wo sie eine Bedrohung der Menschenwürde als gegeben erkennt, in aller Öffentlichkeit Stellung nehmen. Immer aber muß sie sich dabei auf das beschränken, was verbindlich, d. h. im Namen Jesu Christi gesagt werden kann.

Der einzelne Christ jedoch und Gruppen von Christen «sollen in der politischen Gemeinschaft jene Berufung beachten, die ihnen ganz besonders eigen ist... Berechtigte Meinungsverschiedenheiten in Fragen der Ordnung irdischer Dinge sollen sie anerkennen und die anderen, die als einzelne oder Kollektiv solche Meinungen anständig vertreten, sollen sie achten» (*Gaudium et Spes* Nr. 75). Der Unterscheidung zwischen dem Handeln der hierarchisch geleiteten Kirche und dem Tun der Christen in der Welt ist bei uns in der Bundesrepublik Deutschland dadurch Rechnung getragen, daß es neben der Bischofskonferenz auch eine Zusammenfassung der Laieninitiativen gibt, das Zentralkomitee der deutschen Katholiken. Dieses Gremium, dem sowohl Verbände und Gruppen wie auch Einzelpersonlichkeiten angehören, genießt ebenfalls den Schutz jener Freiheitsgarantien, von denen oben die Rede war.

Meine Gedanken möchte ich zusammenfassen in einem Satz der Gemeinsamen Synode der Bistümer in der Bundesrepublik Deutschland. In ihrem Arbeitspapier «Aufgaben der Kirche in Staat und Gesellschaft» heißt es zum Verhältnis von Kirche und Staat nach dem Grundgesetz: «Es — das Grundgesetz — verbindet grundsätzliche Trennung von Staat und Kirche mit öffentlich-rechtlicher Anerkennung und sachorientierter Zusammenarbeit. Es ist gekennzeichnet durch weltanschauliche Neutralität des Staates im Sinne der 'Nicht-Identifikation' mit einer bestimmten Religionsgemeinschaft, ebenso aber auch durch staatliche Förderung der Religionsgemeinschaften auf verschiedenen Gebieten in Anerkennung ihres Dienstes an der Gesellschaft» (B II. 1).

Die gesamte nur kurz angedeutete Problematik hatten wir vor Augen, als wir die «Essener Gespräche zum Thema Staat und Kirche» ins Leben riefen. Seit 1966 bieten diese Gespräche jedes Jahr einer Anzahl bedeutender Professoren aus Deutschland und benachbarten Staaten —Juristen, Kanonisten und Theologen— ein

wissenschaftliches Forum. Die Vertiefung jener Fragestellungen um Staat, Gesellschaft und Kirche verdeutlicht meiner Meinung nach jenen großen Dienst, den heute der Jurist einer Welt leisten kann, die so sehr der Gerechtigkeit, eines beständigen Friedens und einer gesicherten Freiheit bedarf. Die Rechtswissenschaft, die auf den Prinzipien des Rechts und der Gerechtigkeit aufruht, verdient auch heute unsere Förderung. So darf ich in den Dank für die mir zuteil gewordene Auszeichnung zugleich meine Mitarbeiter in diesem Bereich einbeziehen, vor allem meinen Generalvikar Apostolischen Protonotar Joseph Krautscheidt und Herrn Oberrechtsrat Dr. Heiner Marré, die beide hier anwesend sind.

Erlauben Sie mir, meine Damen und Herren, daß ich noch einen persönlichen Grund meines Dankes anfüge. Der verehrte Großkanzler war Jurist, ehe er Priester wurde. So ist der juristische Ehrendoktor eine zusätzliche Form jener Kollegialität, die uns in unserem Dienst in der Kirche, in unserer Sorge für den rechten Raum des Laienapostolates und nicht zuletzt durch unser persönliches Vertrauen miteinander verbindet. Ich möchte hier daran erinnern, wie sehr seine Gedanken, seine Arbeit, sein Einsatz und seine Treue zu Gott zur Erneuerung des Lebens in der Kirche beigetragen haben, auch und gerade im Bereich des Rechts.

Hochverehrte Festversammlung! Lassen Sie mich als Vorsitzender der deutschen Bischöflichen Aktion *Adveniat* noch meiner Genugtuung darüber Ausdruck verleihen, daß in Zusammenarbeit mit der Universität von Navarra eine Anzahl von wichtigen Projekten verwirklicht werden konnte, wie beispielsweise Seminare zur Ausbildung von Journalisten aus lateinamerikanischen Ländern oder die Betreuung von Stipendiaten. Ich hoffe, daß unsere Zusammenarbeit zum Wohl dieser Länder weitergeführt werden kann.

Ich möchte nicht schließen, ohne meiner Freude Ausdruck zu verleihen, diese Doktorwürde bei dem gleichen akademischen Festakt verliehen zu bekommen, bei welchem Professor Lejeune durch die medizinische Fakultät eine ähnliche Ehrung erfährt. Als Bischof mußte ich wiederholt meine Stimme zur Verteidigung des werdenden menschlichen Lebens erheben. Ich schließe mich daher jenem Applaus an, den die Universität von Navarra Herrn Professor Lejeune wegen seines Dienstes zuteilwerden läßt, den er mit seinen Forschungen und seinem tapferen Eintreten zur Verteidigung des

besonders schutzbedürftigen, wehrlosen und bedrohten menschlichen Lebens leistet.

Lieber Msgr. Escrivá! Darf ich zuletzt noch erwähnen, wieviel auch unser Bistum Essen der Arbeit Ihrer geistlichen Söhne und Töchter im Opus Dei schuldet. Opus Dei haben Sie vor 43 Jahren Ihr Werk genannt. Möge auch diese Stunde mit ihrer Freude und ihrem Dank eine Stunde des Herrn Ihres Werkes sein.

Palabras pronunciadas por el Padrino, Dr. D. Eduardo Ortiz de Landázuri, Decano de la Facultad de Medicina, en elogio del Graduado Dr. D. Jérôme Lejeune

Excmo. y Rvdmo. Sr. Gran Canciller:

En este nobilísimo acto universitario, constituye para mí una muy grata misión exponer brevemente, en nombre de mi Facultad, las razones por las que se propone al Profesor Jérôme Lejeune, como miembro de su Claustro académico. Su excepcional personalidad, de relieve internacional, se proyecta sobre la investigación de la frontera más apasionante de la ciencia, donde radica la iniciación de la vida y en este caso, además, de la vida humana, con sus limitaciones y grandezas.

La ejecutoria de tan prestigioso colega, que tanto nos honra al aceptar nuestro hogar de trabajo es, sobre todo, ejemplar. Con incansable fortaleza de ánimo, ha sabido escudriñar en la entraña de las leyes biológicas, para defender la correcta aplicación de los principios más puros de los derechos derivados de la dignidad de la persona humana, desde el primer momento de su existencia, como eslabón indiscutible en el desarrollo de la familia. Contemplando en su conjunto esta maravillosa armonía de inquietudes: científicas, como avanzado pionero de su saber, y doctrinales, argumentando con inteligente firmeza sus clarividentes convicciones, toda reflexión lleva implícita una valiosa enseñanza.

Por eso, su presencia en este Claustro extraordinario vigoriza nuestro espíritu universitario al impulsar en su justa medida y con gallarda valentía, la responsabilidad del profesor, en cualquiera de sus grados, hacia el fiel cumplimiento de su deber, en una época tan necesitada de principios morales, que encuentra su más preciada justificación a través del propio progreso científico.

En plena actividad, el Profesor Lejeune dedica sus afanes a un conjunto de conocimientos del más depurado abolengo histórico —la herencia—, donde al cruzarse los hallazgos básicos, fruto de las ciencias experimentales, con las observaciones que proporciona la semiología clínica, da origen a la Genética médica. Su destacadísima posición magistral, desde su cátedra de Genética Fundamental en La Sorbona, permite iluminar ampliamente los caminos del bien hacer en el campo de esta realidad biológica, en la que inciden interpretaciones sociológicas y de las ciencias de la conducta, no siempre acertadas.

Tan meritorio y admirado universitario, que ha recibido premios de renombre mundial (Kennedy 1962, William Allan Memorial Award Lecture 1969, Paris 1971, etc.), inició su formación investigadora al terminar su graduación, a los 25 años, como profesor asociado al Profesor Raymond Turpin, en el Centro de Investigaciones Científicas de París. Desde entonces, han pasado algo más de veinte años de ininterrumpida labor, lo que si bien permite valorar globalmente la brillantez de su *curriculum*, convierte en empresa audaz el intento de sintetizarla.

En efecto, el Profesor Lejeune funda la citogenética clínica al verificar por primera vez que un síndrome —el de Down, el mongolismo— es resultado de una alteración en el cariotipo humano: presencia por triplicado de un elemento 21. Descubre la primera translocación en cromosomas humanos. Halla la delección del brazo corto del cromosoma 5, que determina el síndrome «cri del chat». Postula el fenómeno de la aneusomía de recombinación. Realiza un minucioso análisis comparativo de los cariotipos del hombre y de los primates superiores.

Para completar esta rápida visión panorámica sobre el riquísimo perfil de tan digno compañero, conviene destacar su participación activa en la Academia de Ciencias Morales y Políticas de la capital de Francia. En ella, hace unos meses, ha disertado sobre la unidad original del hombre, considerando la fraternidad humana también como realidad científica. Quizás sea este respeto al conocimiento científico más depurado en la aplicación de los principios éticos, lo más sobresaliente de la aportación doctrinal del Profesor Lejeune. El sabe alternar con destreza inigualable la presidencia de una sociedad «Laissez les vivre», de la que es fundador con muchos

miles de asociados, para luchar contra la ley del aborto legal, con las más sutiles consideraciones científicas, producto de la más rigurosa investigación genética.

Tan amplio campo de conocimientos dedicados al comienzo de la vida humana, y a su protección desde el mismo momento de la fecundación, ha llevado al Profesor Lejeune a establecer que el minúsculo embrión de 6 o 7 días de vida, con milímetro y medio de talla, ya es capaz de presidir su propio destino e, incluso, exigir la protección de su madre. El médico— ha dicho— puede penetrar a través del estudio del cariotipo en la «esencia» de la vida, pero no puede por ello considerar que es dueño de su «existencia».

Hace unos años, el Profesor Lejeune visitó esta Universidad y dictó una conferencia en la Cátedra de Genética que dirige el profesor Del Amo. El sabe cuánto se le quiere y cómo se le agradece todo lo que está haciendo por dignificar la noble profesión de la Medicina, al enseñar al médico la más extraordinaria lección, que él ha resumido en estas palabras: «El hombre nunca está terminado».

Por estas razones, la Facultad de Medicina siente una extraordinaria alegría al proponer al Profesor Lejeune como partícipe de sus mismas tareas con iguales ideales.

Discurso del Dr. D. Jérôme Lejeune

Monseigneur le Grand Chancelier,
Messieurs les Membres du Conseil supérieur de l'Université,
Messeigneurs,
Messieurs les Professeurs,
Mesdames, Messieurs,

C'est un très grand honneur pour la discipline que je représente devant vous, de recevoir ce diplôme suprême de l'Université de Navarre. Mais cette distinction est rendue plus importante encore s'il est possible, par le fait qu'elle se trouve en même temps décernée à une personnalité aussi éminente que Monseigneur Franz Hengsbach, évêque d'Essen. Peut être ce rapprochement vous fût-il inspiré, Monseigneur le Grand Chancelier et chers Collègues, par l'admirable défense des valeurs surnaturelles à laquelle s'est consacré Monseigneur Hengsbach et peut être avez-vous décidé de faire bénéficier le généticien que je suis de cette illustre compagnie pour lui donner un grand exemple.

Permettez-moi donc, Monseigneur et vous aussi mes très chers collègues, puisqu'aussi bien vous voulez bien m'accueillir aujourd'hui dans le sein de votre *alma mater*, de vous exposer comment l'étude des premières conditions de l'humaine nature nous amène à reconnaître ces valeurs naturelles qui sont pour le scientifique le marche-pied nécessaire vers les valeurs divines.

Qu'il existe une nature humaine, et que tous les hommes la partagent, quelque soit leur âge ou leur couleur de peau, est un fait d'évidence.

S'il est bien vrai que tout ce qui constitue les particularités de chacun se trouve dès les premiers instants inscrit dans les molécules codées vectrices de l'hérédité; s'il est bien établi que la Symphonie humaine se joue selon une partition admirable, dont toute notre existence n'est que l'ampliation délibérée; s'il est bien démontré que cette information primitive anime la matière en une nature d'homme,

Il reste que ce message de vie est d'une ampleur si grande qu'il dépasse actuellement toute possibilité d'un déchiffrement entier.

Pourtant, ces filaments infimes qui supportent l'hérédité, messagère de la vie, sont minutieusement lovés en des structures microscopiques qu'une simple observation nous permet de découvrir, les chromosomes de notre propre espèce.

Il y a quelque vingt ans nul n'aurait su reconnaître une cellule d'homme d'une cellule de chimpanzé. Il y a dix ans le simple décompte des chromosomes eût donné la réponse: 46 chez l'homme, 48 chez le chimpanzé. Depuis quelques mois la finesse de l'analyse ayant prodigieusement augmentée il est possible de reconnaître un air de famille entre ces deux espèces et de découvrir en même temps des différences marquées.

Cet avancement des connaissances laisse à penser que certains des changements qui séparent les primates, gorilla, orangoutan, chimpanzé et *Homo sapiens*, ne répondent nullement à la divergence petit pas à petit pas postulée par l'ingénieuse simplification du Néo-Darwinisme.

Il apparaît même que certains changements chromosomiques qui séparent les espèces ont probablement des retentissements si profonds qu'ils ne peuvent représenter les insensibles changements que postulaient les hypothèses d'Ecole. Bien au contraire ils nous démontrent que si l'évolution s'est produite dans le temps, elle ne s'est nullement déroulée selon le calme d'un fleuve comme la perspective des âges nous le ferait supposer, mais bien par sauts brusques, localisés dans le temps et dans le nombre des sujets; tout comme si la nature opérait par à-coups, mais par à-coups de génie.

Au lieu des variantes progressives des manuscrits, au gré des erreurs successives de copistes maladroits, secondairement sélection-

nées par une aveugle nécessité, il semble que des passages entiers se soient soudain trouvés changés par une nouvelle syntaxe leur conférant d'un coup une autre signification.

Que cette remise en ordre d'informations primordiales, communes à tout le règne vivant, ait permis l'éclosion de la nature humaine, n'eut point d'ailleurs surpris le plus éminent des biologistes français. Buffon ne le sentait-il pas, au moins confusément, quand il proclamait: le style c'est l'homme.

Et justement la génétique moderne nous apprend que le style chromosomique est le même dans toute notre espèce. Que du Chinois au Patagon et du Lapon au Boshiman, tous les hommes aient les mêmes chromosomes, nous démontre qu'ils descendent tous des mêmes ancêtres. Et si l'on pousse un peu l'analyse il apparaît que cette nouveauté n'a pu survenir et s'établir par la suite que dans un groupe extrêmement restreint, et que l'hypothèse d'un couple unique originel fait statistiquement partie de l'ensemble des solutions.

L'antique idée que les hommes sont frères n'est donc pas seulement un sentiment de poète ou un espoir de moraliste, mais une réalité d'observation. Et cette fraternité des hommes se trouve encore renforcée par l'incroyable humilité dans laquelle chacun de nous a débuté son existence.

La miniaturisation de l'être humain nouveau confond l'entendement. Pour en donner une idée qu'il suffise de rappeler que si l'on rassemblait en un point les macromolécules codées qui vont spécifier toute et chacune des qualités de chacun des trois milliards d'hommes qui nous remplaceront sur cette planète, cette quantité de matière tiendrait dans la moitié d'un dé à coudre!

Que tout l'homme soit déjà contenu en puissance, et déjà partiellement en acte en une si petite chose, nous fait encore mieux sentir combien la vie nous est donnée, combien nous sommes seulement dépositaires de ce message qui nous échappe et qui pourtant nous construit.

Aussi, cette fraternité et cette humilité doivent elles être les guides de toute notre conduite. Et encore plus peut être à nous médecins qui avons pour charge de préserver la vie des hommes, car ce

respect de la vie fonde toutes les valeurs naturelles. Et quand de faux savants prétendent que le sommeil de l'embryon n'est pas celui d'un homme, oublient-ils que les mammifères les plus simples, les marsupiaux qui avortent spontanément et doivent protéger leurs petits dans une poche ventrale pendant de longs mois, reconnaissent l'un des leurs en cet être minuscule qui tiendrait aisément dans une coquille de noix.

La femelle kangourou serait-elle meilleure biologiste que d'illustres théoriciens qui préchent le massacre des innocents?

Cette reconnaissance de l'humble, du petit, du démuné et cette protection du faible et du déshérité est une loi de nature génétiquement imprimée dans les chromosomes de toute femelle kangourou, et, sans le moindre doute inscrite au cœur de toutes les femmes.

Et si certains scientifiques se laissent parfois égarer par l'éblouissante logique de leurs constructions abstraites, la patiente écoute de la vie nous révèle une admiration plus grande, celle des lois que l'homme lui-même n'a point faites mais qui s'imposent à lui.

Etre dès son début, humain par sa nature, jamais amibe, poisson ou quadrupède, l'être humain s'élabore sous le martèlement sourd d'une inlassable espérance.

Et c'est en vous jeunes étudiants de Navarre en la poitrine de qui bat toujours le même cœur qui s'animait à votre troisième semaine, que se réalise un peu plus chaque jour cette inlassable espérance. Fasse le Ciel, comme le voulait François Rabelais, le plus illustre des médecins de France, que vous vous engagiez sur le chemin de la vie avec l'unique nécessaire, à savoir «conduite de Dieu et compagnie d'hommes».

*Discurso del Gran Canciller, Excmo. y Rvdmo.
Mons. D. Josemaría Escrivá de Balaguer*

Excelentísimos Señores,
Dignísimas Autoridades,
Ilustre Claustro de esta Universidad,
Señoras y Señores:

Una vez más estamos cumpliendo las prescripciones del ceremonial académico, para recibir a dos nuevos Maestros en nuestro Claustro de Doctores. La solemnidad pausada de los actos viene a simbolizar el carácter alegre y esperanzado de la vida ordinaria de esta colectividad académica: cuantos trabajáis en ella sabéis bien del entusiasmo en el quehacer cotidiano, que rehuye los ensueños forjados por la fantasía, adormecedores de la voluntad, y afrontáis con ánimo grande la realidad diaria, dando relieve a las tareas aparentemente más pequeñas.

La Universidad de Navarra, al incorporar en su Claustro de Doctores a Monseñor Hengsbach y al Profesor Lejeune, se enriquece con la fortaleza de su espíritu, con su talento creador y con la constancia de su esfuerzo, tan necesarios para que la Universidad sea fiel, en las inciertas circunstancias sociales del presente, a su misión de servicio a todos los hombres, mediante la investigación universal de la verdad.

En su dilatada labor pastoral, Monseñor Hengsbach ha mostrado con hechos cómo se conjuga la predicación valiente e incansable de la fe, con la atención sacerdotal a los mineros del Ruhr, con la solicitud por la Iglesia en América Latina, y con el estudio riguroso de la Teología y el Derecho Canónico. Y no es casual que su primer escrito, en 1934, versase sobre la defensa de la vida, frente a criterios aberrantes que se abrían paso por entonces en su patria.

La firme defensa de la vida humana ha llevado al mundo entero el nombre del Profesor Lejeune, de la Universidad de París, a quien la Ciencia universal reconoce unánimemente como uno de sus primeros y más altos investigadores en Genética, esa aventura maravillosa del entendimiento humano, que indaga el origen inmediato de la vida, y la lleva a su plenitud mediante los recursos descubiertos en el oficio inventivo y paciente del laboratorio y de la clínica.

La Universidad —os decía en otra ocasión solemne como la que hoy celebramos— no vive de espaldas a ninguna incertidumbre, a ninguna inquietud, a ninguna necesidad de los hombres. Y su corazón vibra, apasionado, cuando las investigaciones —teológicas, jurídicas, biológicas o médicas— alcanzan la realidad sagrada de la vida. La Universidad sabe que la necesaria objetividad científica rechaza justamente toda neutralidad ideológica, toda ambigüedad, todo conformismo, toda cobardía: el amor a la verdad compromete la vida y el trabajo entero del científico, y sostiene su temple de honradez ante posibles situaciones incómodas, porque a esa rectitud comprometida no corresponde siempre una imagen favorable en la opinión pública.

Este compromiso personal con la verdad y con la vida, del que han hecho profesión Monseñor Hengsbach y el Profesor Lejeune, enlaza con el de los grandes Maestros de todos los tiempos, que no se han dejado arrastrar por ambientes superficiales, ni se han engañado por el espejismo de la fácil novedad. Su ejemplo es un notable y alentador estímulo, cuando —después de años de apacible e ingenua fe en el mito del progreso perenne e irreversible— se debate la humanidad contra una borrasca tremenda, cuyo vértigo irresistible deja al hombre con frecuencia aturdido, y le hace retroceder tantas veces a formas *salvajes* de entender la vida, que —como en los tristes desvaríos de una diabólica pesadilla— no reconocen otros impulsos que el instinto o el capricho, la comodidad o el interés. *Proceden en su conducta* —es lícito repetir con San Pablo— *según la vanidad de sus pensamientos, teniendo obscurecido de tinieblas el entendimiento, alienados de la vida de Dios por la ignorancia, que está en ellos a causa de la ceguera de sus corazones.* (Ephes. IV, 17-18).

Ante esa degradación de lo humano, fruto de una locura poco menos que colectiva, los hijos de Dios se rebelan, conscientes de que

la religión es la mayor rebeldía del hombre que no quiere vivir como una bestia, que no se conforma —que no se aquieta— si no trata y conoce al Creador.

En la vida de Monseñor Hengsbach y del Profesor Lejeune, comprobamos que afrontar esperanzadamente el futuro con fe sobrenatural no significa en absoluto ignorar los problemas. Todo lo contrario: la fe es nuevo acicate para la búsqueda cotidiana de soluciones, certeza de que ni la ciencia ni la conciencia de un científico pueden aceptar sinrazones de mentirosa eficacia, que lleven a negar el amor humano, a cegar las fuentes de la vida, al hedonismo sutil o al más burdo materialismo, que sofocan la dignidad del hombre y lo hacen esclavo de la tristeza.

Salvarán este mundo nuestro —permitid que lo recuerde—, no los que pretenden narcotizar la vida del espíritu, reduciendo todo a cuestiones económicas o de bienestar material, sino los que tienen fe en Dios y en el destino eterno del hombre, y saben recibir la verdad de Cristo como luz orientadora para la acción y la conducta. Porque el Dios de nuestra fe no es un ser lejano, que contempla indiferente la suerte de los hombres. Es un Padre que ama ardientemente a sus hijos, un Dios Creador que se desborda en cariño por sus criaturas. Y concede al hombre el gran privilegio de poder amar, trascendiendo así lo efímero y lo transitorio.

Las vidas humanas, que son santas, porque vienen de Dios, no pueden ser tratadas como simples cosas, como números de una estadística. Al considerar la realidad profunda de la vida, se escapan del corazón humano sus afectos más nobles. ¡Con qué amor, con qué ternura, con qué paciencia infinita, miran los padres a sus hijos antes incluso de que nazcan! ¿Y acaso no vive por igual la generosidad incansable, la atención a lo concreto, o la serenidad de juicio, el teólogo que desmenuza el sentido de la palabra divina sobre la vida humana? ¿O no es también espera ilusionada, capacidad de intuición, agudeza de ingenio, la del médico que aplica los remedios más modernos para evitar el riesgo de una enfermedad congénita, que pone quizá en peligro la vida de la criatura aún no nacida?

Todas estas virtudes —más convincentes que tantos razonamientos humanos— brillan en el trabajo de los nuevos Doctores. Afrontar los problemas con valentía, sin miedo al sacrificio ni a las cargas

más pesadas, asumiendo en conciencia la propia y personal responsabilidad, exige una renovación de la fe, un nuevo empeño de amor, y el apoyo constante en la fortaleza de la ley divina y del querer de Dios, que permite a la pobre condición humana abrirse siempre a la Sabiduría divina, y a sus luces de esperanza cierta.

El alma se eleva a Dios con agradecimiento por la fecundidad patente de vuestra labor cumplida, *haciendo* —con el Apóstol Pablo— *continuamente memoria de vosotros en nuestras oraciones, acordándonos delante de Dios y Padre nuestro de las obras de vuestra fe, de los trabajos de vuestra caridad, y de la firmeza de vuestra esperanza en nuestro Señor Jesucristo (I Thes. I, 1-2).*

Y proseguimos nuestra andadura de servicio a los hombres, en la amable compañía de la Madre de Dios, que es también Madre nuestra. Ella agrandará nuestro corazón y nos hará tener entrañas de misericordia. Y amparará la invocación que hacemos al Espíritu con el Salmista —*guíame en tu verdad y enséñame, porque tú eres mi Dios, mi salvador, y en ti espero siempre (Ps. XXIV, 5)*—, para que ilumine las inteligencias y fortalezca las voluntades, de manera que nos acostumbremos siempre a buscar, a decir y a oír la verdad, y se establezca así entre los hombres un clima de comprensión y de concordia, de caridad y de luz, por todos los caminos de la tierra.